



TODOS MANCOS

La civilización actual ya ha conseguido que todos seamos mancos, gracias a esa disparatada división de la cultura que hace que humanistas y científicos parezcan dos razas o dos humanidades que convivieran yuxtapuestas, ya que no contrapuestas.

De niños estábamos abiertos a todo: a uno le gustaban más las ciencias que las letras o viceversa, pero tenía, de todos modos, que examinarse de las unas y las otras. La Historia, la Literatura y las Matemáticas eran nuestro sino o nuestro castigo, pero todas terminaban pasando de algún modo por nuestras cabezas. Mas, asombrosamente, cuando llega el momento en que empezamos a pensar de veras, viene Santa Especialización con las divisiones y te dicen que tienes que elegir. Desde ese día todos somos mancos del alma.

Curioso mundo éste que hemos construido. Durante muchos siglos el hombre culto lo era sin adjetivos ni especializaciones. Aristóteles escribía sobre Filosofía y Ciencia. Leonardo pintaba, construía acueductos y máquinas voladoras y, al mismo tiempo, escribía tratados de arquitectura y era notario de la Señoría de Florencia. Miguel Ángel mezclaba pinceles y sonetos. Y Pascal o Descartes amaban tanto las Matemáticas como la Filosofía. Los sabios aspiraban a serlo en todas las dimensiones de la cultura y a nadie sorprendía que Galileo tocase el laúd entre dos investigaciones sobre el peso de los sólidos o la curva de los planetas.

Pero «hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad». Así que al sabio universal de ayer le ha sustituido el especialista de hoy, que es un señor que sabe cada vez más cosas sobre menos cosas; que se acerca a la perfección cuando consigue saber casi todo sobre casi nada, y que la alcanza cuando ya sabe absolutamente todo sobre absolutamente nada. Eso, a no ser que apostemos por la frivolidad ambiente y acabemos siendo, como los más, conocedores de una sola cosa: la marcha del campeonato de fútbol.

¡Qué alegría cuando te encuentras un especialista que no por serlo ha dejado de ser humano! Conozco a un eminente embriólogo que es especialista en Haendel. Sé de catedráticos de griego que ocultan, con pudor, su cariño a la Botánica. Y soy muy amigo de un ilustrísimo abogado que publica sus libros de poesía con seudónimo, porque está seguro de que nadie le encargaría un pleito si sus clientes supieran que es poeta.

La lista, gozosamente, sería interminable. ¿Y quién no preferiría a uno de estos hombres enteros, sin mutilaciones culturales, antes que a esos ilustrísimos en una cosa, con quienes no puedes hablar sino de ella?

JLMD

PODER DE LA ORACIÓN

El padre jesuita D. A. Lord cuenta un suceso acaecido en un colegio de ursulinas de Louisville, próximo al aeropuerto de Bosvman. Las colegialas se habían acostumbrado al ruido producido por los aviones de combate y los bombarderos que constantemente maniobraban sobre los tejados del convento. Sin embargo, cierta mañana, la clase de primer año notó algo extraño en el sonido del aparato que volaba sobre sus cabezas. Una de las niñas corrió hacia la ventana y volvió luego a clase aterrorizada.

-¡El avión está cayendo incendiado! -dijo.

La hermana se puso inmediatamente en pie.

-¡Todas de rodillas! -ordenó a las niñas-, rezad como nunca lo habéis hecho hasta ahora.

Arrodilladas, pidieron por el aviador desconocido con esa sinceridad que, en los momentos de peligro, se transmite de unas personas a otras. Oraban por su alma y su cuerpo. Aún estaban rezando, cuando el avión se estrelló en un campo cercano a su mismo colegio. Era ya un verdadero despojo en llamas... del que surgió el comandante J. E. Delaune, tembloroso y con la ropa ennegrecida por el humo, pero completamente ileso.

Cuando las niñas leyeron en los periódicos el relato de aquel suceso milagroso, la clase de primer año le escribió una notita, contándole cómo habían rezado para que se salvara.

Días después, se recibió en el colegio una carta del comandante Delaune para expresar su agradecimiento a la clase entera. Decía en ella que el accidente había sido de tales proporciones que su pericia resultó impotente para salvarlo, y estaba plenamente convencido de que en ello había intervenido algo completamente ajeno a él.

«Estoy seguro -añadía luego- de que vuestras peticiones a nuestro bondadoso Señor fueron el motivo de mi salvación, y es tal mi agradecimiento que no acierto a expresarlo con palabras adecuadas.»

Como recuerdo, les envió el pequeño modelo de un aparato con una inscripción grabada en su base hecha del armazón de aluminio del avión siniestrado.

***Johnny y su madre estaban asomados a la ventana un atardecer de febrero.
La madre hizo notar con sorpresa que la luna estaba empezando a salir,
mientras el sol brillaba todavía.
-No te preocupes, mamá -le dijo el niño-, Dios sabe lo que hace.***

Existen muchas discrepancias para explicar la idea de la Creación, pero no se encuentra ninguna que afirme que el Universo no tiene Creador. Habiendo un Creador, debemos confiar en su sabiduría, que ha de ser superior a la nuestra.

Maisie Ward, escribiendo en «Born Catholics», menciona una feliz salida de su esposo Frank Sheed, dada en contestación a un charlatán en una discusión al aire libre. El asunto de que trataba era el problema del mal. La conversación podemos sintetizarla del modo siguiente:

-Si Dios creó el mundo, hubiera debido hacerlo mejor -decía el charlatán, sacando a relucir, en apoyo de su tesis, las guerras, la pobreza, los terremotos, la crueldad en el mundo animal, y terminó diciendo:- Yo mismo podría hacer un mundo mejor.

-¡Espléndido! -exclamó Mr. Sheed-. Pero ¿no podría sólo para empezar, hacer algo más pequeño? ¿Le importaría hacer de vez en cuando nada más que un conejo?

De decir a hacer ... Los seres humanos no podemos hacer nada de la nada. Pero lo podemos estropear todo...

¿Alguna vez oíste una de esas bromas que ridiculizan a las suegras? Pues bien, sin duda habrías escuchado alguna acerca de esta santa, de haber vivido en su ciudad, ¡ya que su nuera no la soportaba!

Francisca era una señora muy dulce, que se ocupaba de cuidar a su esposo y a sus hijos y todos la querían mucho. Además concurría todos los días al hospital local para asistir a los pacientes y era muy amable con los criados que trabajaban en su casa. Pero un día los enemigos destruyeron su palacio. Su esposo y su hijo mayor tuvieron que huir para salvar sus vidas y Francisca y sus hijos más pequeños vivieron en un rincón de la casa en ruinas durante varios años, hasta que su marido e hijo pudieron regresar. Fue entonces cuando su hijo se casó con una joven llamada Mobilia. Finalmente parecía que la vida sería nuevamente armoniosa para Francisca.

Pero lamentablemente, Mobilia tenía un temperamento fatal y Francisca no le simpatizaba para nada. Mobilia se quejaba constantemente, contestaba mal y hasta se mofaba de Francisca en público. Hasta que un día, cuando Mobilia estaba maltratando a Francisca, súbitamente se sintió mal. Entonces, su suegra la cuidó cariñosamente hasta que recuperó su salud. Después de eso, Mobilia comprendió que se había equivocado. Ella también comenzó a amar a su suegra y luego siguió su ejemplo y la ayudó en sus tareas con los pobres y enfermos.

El Canciller de Austria, Ignacio Seipel, necesitaba una fe viril para escribir: «Lo más inteligente que el hombre puede hacer es dejarse conducir siempre por Dios», del mismo modo que era precisa una fe heroica a un hombre de acción muy probado en sus obras y en su salud, como el P. Gustave Desbuquois, para ser capaz de decir: «Todo lo que me ocurre es para mí lo mejor.»

El buen sentido, incluso ayudado por una dosis de fe común, no se eleva a estas alturas, del mismo modo que un león, por fuerte que sea, no puede volar. Para elevarse en el aire, hacen falta alas; para ver habitualmente los acontecimientos con los ojos de Dios; hacen falta los dones del Espíritu Santo.

UN PEDAGOGO EXCEPCIONAL

El pedagogo Andrés Manjón y Manjón nació en Sargentos de la Lora (Burgos) el 30 de noviembre de 1846. Cuando cumplió seis años, su madre y su tío, párroco entonces del pueblo, vieron la necesidad de educar al niño y a esta tarea se entregará especialmente el sacerdote. La segunda aula de Andrés fue la escuela, regentada por un maestro alto, nervioso, enérgico y con pocas luces académicas. Así que, ante tal panorama, el pequeño prefería hacer novillos a ir a la escuela, que le resultaba antipática e inútil. Sólo la insistencia de la madre le hizo comprender la importancia de saber leer para ser un día sabio y sacerdote.

En 1861, cuando ya tiene 14 años, ingresa en el seminario de Burgos y supera con brillantez todas las asignaturas. Los cursos siguientes los hará ya como externo. En esa época muere su padre por una enfermedad de los bronquios, y Andrés se ve entonces como responsable de la familia; la imagen de su madre trabajando sola y luchando por sacar adelante a sus cuatro hermanos pequeños, le llena de motivación para entregarse con total aplicación y aprovechamiento al estudio.

A los 26 años de edad termina los estudios, pero no se ordena sacerdote. Andrés es un hombre voluntarioso, sabedor de lo que quiere en la vida, trabajador, austero y piadoso. Se sentía llamado a ser profesor y educador y se fue a Valladolid, donde abre un pequeño centro privado para dar clases a los chicos de segunda enseñanza; pero acuden pocos, y tiene que cerrar. Marchó entonces a Salamanca para cubrir temporalmente la baja del profesor de Derecho Romano en la Universidad y de allí a Madrid, donde a la vez que da clases en un colegio estudia Derecho. Ejerció como profesor en Santiago de Compostela y finalmente en Granada, donde residió y fue canónigo desde 1885 hasta su muerte, acaecida el 10 de julio de 1923.

Se ordenó de sacerdote en 1886, a los 40 años de edad, y se organizó repartiendo su tiempo entre sus obligaciones universitarias y la atención a los gitanos del Sacro Monte y del barrio del Albaicín. Para ello funda las Escuelas del Ave María, en las que pone todo su dinero y su vida para dar instrucción a los niños. Su lema era: *Contra la ignorancia, enseñanza; contra la pobreza, el socorro; contra la corrupción, educación moral, contra el escándalo público, la influencia social.* Escribió libros y puso en práctica nuevos principios pedagógicos. Proporcionaba una educación integral y armónica, activa por parte del maestro y del alumno, artística y manual, moral y religiosa; educando ante todo con el ejemplo. Su experiencia fue elogiada e imitada. Adquirió gran prestigio como pedagogo y educador.

